

UN DULCE VERTIGO

Huelgas salvajes, precios que no dejan de subir, anuncio de una recesión. Los alemanes están encantados. Por fin se sienten 'normales'.



LOS alemanes están muy contentos. Todos ellos: industriales, sindicalistas o profesores. ¡Por fin tienen una crisis monetaria! ¡Por fin tienen huelgas salvajes! Y no pequeñas huelgas, sino cien mil obreros en plena calle, enorme manifestación a la alemana, espontánea y ordenada, muy conseguida. ¡Por fin tienen un brusco cambio político, un gobierno que se hace pedazos, la mitad del país en la oposición, los socialistas en el poder! Y, para colmo, precios que suben, un marco flotante, una recesión que se anuncia triunfalmente para el 1970 o el 1971 a lo más tardar. Más o menos evidente, la satisfacción reina por todo el país.

¿Es que se han vuelto locos? No, en absoluto. Es que lo que en otras latitudes inquietaría a la gente, aquí la tranquiliza: como esas madres que no están satisfechas hasta que su hijito ha pasado el sarampión, la tos ferina y las paperas. Alemania, enferma, se siente por fin «normal». Aquella salud rebosante, aquella moneda que parecía de roca, aquel gobierno sin oposición, todo era pura provocación. Sin embargo, algo sospechoso. «Alumno demasiado disciplinado, demasiado serio, demasiado dócil. Hay que vigilarlo de cerca. Corre el riesgo de ser contaminado por los peores sujetos», no dejaban de escribir los profesores especializados en democracia en el carnet de notas.

JAPON

Pues bien, ¡ya todo acabó! En el terreno económico, el más brillante de todos, ha sido absorbido

por el pelotón. Alemania es ahora como los demás. Ahora ya podrán aceptarla y, ¿quién sabe si llegarán hasta a amarla?... Pero esos no son más que sueños. Por ahora, el pequeño salto del marco flotante basta para lavar bastantes pecados. «No quedan ya más que los suizos que quieren sostener su franco y que se niegan a sacrificarlo como hemos hecho nosotros. Pero ellos pueden permitírselo...».

También en el terreno político Alemania intenta, por vez primera, una embriagadora experiencia: la de la democracia o, más exactamente, la práctica de la democracia, que no es forzosamente —lo acaban de comprender aquí mismo— el equivalente de la estabilidad. Les han hecho falta veinte años para pasar de una Alemania en la que todos desfilaban al unísono, valientemente, detrás de un solo hombre, a una Alemania diversificada, repolitizada, que vuelve a poner en tela de juicio los viejos tabús, se despoja poco a poco de sus mitos al igual que una serpiente de su piel. Una Alemania, en suma, profundamente nueva.

Oigo ya aquí protestas y burlas: «¿Alemania cambiada? ¿Una nueva Alemania? ¡Vamos! Los alemanes serán siempre los mismos, los alemanes serán siempre alemanes». Yo diré más: es ya casi el Japón. Las calles están siempre llenas de gente, de gente bien vestida, bien calzada, bien alimentada. Los rostros, sonrosados, redondos. Los hoteles están de bote en bote. Las ferias se suceden unas a otras. En Colonia, las aceras son sustituidas por escaleras automáticas. Un museo de Düsseldorf compra, de una sola vez, 88 lienzos de Klee, como un supermercado hace un pe-

dido de latas de conserva. Hay que desconfiar de las autopistas —hay demasiadas— y de las ciudades —abundan como rosquillas—.

La combinación de unas o otras es auténtica pesadilla.

¿Cómo entrar en Frankfurt? ¿Por el Sur, por el Norte, por la salida B26 o por la desviación C4? Un segundo de descuido y ya está usted lanzado por esas maravillosas curvas de hormigón, sin remisión posible, de un solo tirón dramático hasta la frontera belga.

Por todas partes se ven edificios en construcción. Edificios de hierro y acero. América. Por la noche se coge el Mercedes de mamá (media en la «buena sociedad»: tres coches por familia) para ir al «autocine» fuera de la ciudad, donde, ante una inmensa pantalla de cemento, se amontona un inmenso aparcamiento. Las muchachas son ahora altas y delgadas. ¿Los escaparates? Un sueño. Es frecuente el visón, las perlas, el oro, el cocodrilo... Por supuesto que no es un crimen ser rico, y está incluso considerado como el país más moderno de Europa. Pero ciertas asociaciones espantan: hacer el amor en ciertos edificios, construidos con protección oficial (Eros-Center: 174 camas. Palacio del amor: 140 camas); cantar a coro, vestidos con pantalones cortos y sombrero de plumas «alt Deutsch», en una coral de banqueros; hacer todo con «Gründlichkeit» (con seriedad, eficacia, precisión), todo ello prueba un perfeccionismo aterrador. Para producir acero, productos farmacéuticos o aparatos de fotografía, todo eso está muy bien: se hacen auténticos negocios. Pero en lo que se refiere a la política o a las ideologías, lo mismo puede re-

sultar peligroso. Al menor desequilibrio queda uno expuesto a cualquier dictadura.

EL FINAL DE LAS TRES KAS

«Por eso hemos tenido razón durante veinte años siendo únicamente pragmáticos —explica un socialista alemán—. Teníamos que esperar una generación para poder trabajar en una nueva Alemania. Hoy por hoy ya la tenemos; en todo caso, está ya perfilándose. ¿Cómo? Tiene una mayor madurez política, su anticomunismo es menos histérico, tiene un espíritu mucho más abierto, más juventud, un mayor sentido crítico, y quizá hasta cierta dosis de humor... Durante las huelgas salvajes se han visto por primera vez en Alemania pancartas más o menos graciosas, slogans descabellados, nada clásicos. Estos elementos existían ya en las manifestaciones estudiantiles. Pero este tipo de acción ha contagiado a los medios obreros, lo cual representa una sorprendente novedad para nosotros...».

Son ante todo los resultados de las votaciones los que sacan a relucir las profundas modificaciones experimentadas por el país. Las dos mayores sorpresas han sido las mujeres y la Iglesia. Las mujeres en Alemania, como en todas partes, suelen votar a las derechas. Kiesinger confiaba en sus encantos de seductor, de sienes plateadas, y su bonito perfil para convencer a las electoras. Ahora bien, las mujeres han votado por los socialistas. En Colonia, por ejemplo, ciudad en la que los electores y las electoras

¡LA HISTORIA DE UN AMOR SIN AYER Y SIN MAÑANA!

METRO-GOLDWYN-MAYER presents

**MARCELLO MASTROIANNI
FAYE DUNAWAY**

en el film de **VITTORIO DE SICA**



amantes

METROCOLOR



guión de **JULIAN HALEVY • PETER BALDWIN •
ENNIO DE CONCINI • TONINO GUERRA
y CESARE ZAVATTINI**

producida por **CARLO PONTI y ARTHUR COHN**

dirigida por **VITTORIO DE SICA**



**LA PELICULA QUE HA LOGRADO EL MAYOR IMPACTO EN LA
XI SEMANA INTERNACIONAL DEL CINE EN COLOR DE BARCELONA**

UN DULCE VERTIGO

tenían garitas diferentes, el 58 por ciento de estas últimas han votado por el S.P.D. En Núremberg, el porcentaje ha sido de un 59,5 por ciento. Los políticos no han salido todavía de su asombro. ¿Qué ha ocurrido en Alemania?

«Sencillamente es el final de las tres kas (Kirche, Küche, Kinder), la Iglesia, la cocina, los niños —me explica un socialista políticamente contento, personalmente desengañado—. Actualmente, las mujeres son libres, mucho más que en Francia. ¡Vivimos —mejor dicho, viven— su revolución sexual!». Basta con hojear «Konkret», «Bild», «Jasmin» y hasta el serio «Spiegel» para darse cuenta de ello. Títulos, fotos, explicaciones científicas, nada falta, salvo quizá la frescura relativamente ingenua que aportan a este tipo de literatura los cándidos daneses, que se transforma aquí en una sorprendente documentación. «Ach! Die deutsche Technik». Bueno, todo esto se vende muy bien. «Sobre todo en las regiones católicas», explica Beate Uhse, pequeña y rubia, cuarenta y nueve años, reina de esta nueva industria del sexo. Sabíamos que la empresa prosperaba («dos millones de clientes regulares, seis millones de dólares de ingresos, un pedido cada seis segundos»). No sabíamos que tendría, en septiembre de 1969, una traducción política, tal vez decisiva, para el porvenir de Alemania.

DESDE EL PULPITO

Otra gran sorpresa: la Iglesia. Sí, la propia Iglesia no es totalmente cristiano-demócrata. Tomemos por ejemplo a Münster —ciudad «negra» por excelencia, católica, renana, clerical—. El domingo de la votación, cuando el cura subió al púlpito, todos los fieles sabían de antemano lo que iba a leer: como de costumbre, la tradicional carta episcopal, en la que se solicitaba de «los buenos cristianos que votasen por un cristiano». Pero no fue así: rompiendo con todas las tradiciones, el obispo exhortaba a los fieles a que votasen «por la democracia, contra los extremismos tanto de derecha como de izquierda».

En Münster jamás se había oído hablar de democracia en la iglesia. Pero en Münster, precisamente, las personalidades no comprometidas llevaban semanas instando a sus conciudadanos a votar por el S.P.D. con el siguiente slogan: «Esta vez hace falta que cambien las cosas». Un profesor de Teología y sus asistentes, que recomendaban el voto

Willy Brandt,
el S. P. D.,
en el poder
por
primera vez
en
veinte años.
¿Qué puede
hacer
en realidad?
¿Habrá en Bonn
un auténtico
cambio
de política?...



por los socialistas, tuvieron una feroz polémica con el órgano local del C.D.U., aduciendo párrafos de la encíclica papal. Comentario del C.D.U., amargo: «No podemos contar ya con nadie si los propios obispos nos abandonan».

Los jóvenes, las mujeres, los católicos, todos ellos han contribuido al triunfo socialista. En efecto, la tendencia ligera aunque decisiva hacia la izquierda de los electores alemanes se debe a otras razones profundas. Se trata del resultado de una larga evolución, iniciada en 1967, y que los socialistas han sabido aprovechar. Evolución política ante todo: el fin de la guerra fría, con la desmitificación del comunismo, ha abierto los espíritus y ha tranquilizado a todos aquellos que seguían viendo a los «rojos» en el pálido S.P.D. Y, sobre todo, la coyuntura económica: superando la grave recesión de 1967-1968, el socialista Schiller ha demostrado ser un hombre serio y capaz; el mejor elogio que puedan hacerle a una persona en Alemania. En este sentido, el tan vituperado sistema de gran coalición C.D.U.-S.P.D. ha beneficiado a los socialistas minoritarios en el gobierno. Los tres

años de ejercicio del poder les han servido para demostrar a todo el mundo que se puede confiar en ellos para dirigir el país.

La campaña electoral es significativa. La C.D.U. centra todo en un hombre, Kiesinger: «Todo depende del canciller», aseguran sus grandes carteles de propaganda. El S.P.D. juega las bazas de la técnica, el espíritu de equipo, el modernismo: «Tenemos los hombres que hacen falta». «Conservaremos la nueva Alemania». Son dos envites diferentes. Dos Alemanias, la vieja y la nueva.

La nueva Alemania triunfa por los pelos. El S.P.D., por primera vez en veinte años, puede asegurar ella sola el poder. Es importante, quizá grave, que un partido socialista gobierne un país como Alemania. Pero, ¿qué puede hacer en realidad? ¿Habrá en Bonn un auténtico «Marktwechsel», cambio de política? ¿Cuáles son las intenciones, los límites y las posibilidades de este nuevo gobierno de aliados inciertos y de base electoral relativamente estrecha? Por lo menos se le ha dado una oportunidad.

Los más felices son quizá, por curioso que parezca, los industria-

les. Tienen simpatía por Schiller. Es un tipo razonable. Un buen técnico que les ha salvado una vez, en 1967. «Yo he votado por él», nos dice un tráfugo del C.D.U., que se explica: «¡Había que cambiar! ¡Con ese gobierno de gran coalición, limitado, incapaz de prever las cosas, estábamos abocados a un invierno demasiado cálido! ¡Las huelgas salvajes quizá no le hayan enseñado nada a Kiesinger, pero a nosotros nos han servido de aviso!».

LA ESTABILIDAD

Aparte de este afán preventivo, el reflejo modernista es el que ha jugado el papel más importante. Porque la industria alemana también ha cambiado. Ya no son los tiempos de Krupp, la dinastía familiar que edificaba su imperio sobre el acero. ¡Ciertamente que la Krupp Firma sigue siendo poderosa! Fabrica todo. En veinte minutos, una pequeña película en colores, proyectada en la villa Hügel, cuna de Krupp, desarrolla el universo alucinante de la industria alemana. Todo, menos la tierra, el cielo y el agua, es alemán: el monorraíl de Tokyo, las pieles, ese petrolero gigante de 250.000 toneladas que se desliza hacia el mar, esas ciudades, esos puentes, ese paisaje incluso, esos reactores atómicos, esas fundiciones en las Indias y esa grúa-dinosaurio, la mayor del mundo, delante de la cual se ve un hombre lilliputiense como un minúsculo insecto. Uno se siente cercado, abrumado. ¡Cuántas toneladas de acero, cuántos miles de millones de ingresos!

«Pero no somos los únicos dueños —aclara inmediatamente el encargado de prensa—. Vivimos actualmente una completa cogestión: un cincuenta por ciento para el capital y el otro cincuenta por ciento para el sector trabajo en el consejo administrativo que preside un «neutral» elegido en común. Todo marcha estupendamente, excelente sistema, estamos muy satisfechos». Sí, el señor Schiller ha trabajado bien, incluso a favor de la revaluación del DM, los patronos le han otorgado su confianza. Por otro lado, se lleva tanto tiempo hablando de todo ello que no quedaba ningún cabo suelto.

Pero en la I. G. Metal de Frankfurt, en el inmueble estilo americano del más poderoso sindicato de Europa, se miden, sobre todo, las dificultades de la nueva empresa: habrá que sostener, claro está, al gobierno socialista, habrá que aceptar el juego. Ahora bien, Schiller, como buen técnico que es, no hará

UN DULCE VERTIGO

más que asegurar la misma prosperidad, complementada con unos cuantos regalitos sociales. Siempre el tabú alemán de la estabilidad. Ahora bien, los precios suben (diez por ciento sobre el cok). Habrá que actuar con el máximo tacto posible. ¿Sobre qué? ¿Sobre los márgenes de beneficio? ¿Sobre los salarios? En un país en el que reinan en todo su esplendor el mercado libre y, sobre todo, la gran industria, ¿es posible conciliar una política social con un capitalismo próspero, sin crisis?

APERTURA HACIA EL ESTE

En el Ministerio de Economía, los responsables contestan ya afirmativamente: «Lo esencial, para nosotros, será franquear el cabo de los seis primeros meses y sujetar los precios —asegura un adjunto de Schiller—. A raíz de la revaluación esperamos que se produzca un aumento de un cuatro por ciento aproximadamente, que reduciremos primero a un tres por ciento y luego, progresivamente, a su nivel normal, que es de un uno y medio por ciento. ¿Con qué medios? Puedo asegurarles que no mediante un control que sería, en un sistema como el nuestro, ineficaz e imposible. Pero tenemos a nuestra disposición todo el arsenal de las medidas de mercado, y, sobre todo, el de la revaluación». Sobre los índices, claro está, nadie quiere decir nada, y las previsiones aumentan de día en día. ¿Un 7 por ciento, un 8 por ciento? «Ni más ni menos que lo que haga falta para equilibrar la demanda y las posibilidades de producción» es la respuesta que oímos. En realidad, parece que la política económica del señor Schiller, ministro de Brandt, será la misma que la del señor Schiller, ministro de Kiesinger. Con una tonalidad tal vez más estricta que, de todas formas, en Alemania no puede disgustar a nadie.

En cuanto a política exterior, las cosas parecen más difíciles de lo previsto. Europa en primer lugar. Debido a los precios agrícolas, habrá que tomar muy pronto una decisión: o proteger la agricultura alemana mediante los impuestos, o subvencionar los precios dentro del país. La primera solución contaría con el apoyo de los campesinos y de todos los que ven en ella la ocasión más propicia para terminar con ese sistema imposible de la «Europa verde». Estando como está la agricultura francesa entre paréntesis para un período de dos años, si Alemania se coloca bajo protección, ¿qué queda del Mercado Común agrícola? Nada. Entonces,

¿por qué no volver a empezar a partir de cero?

La segunda solución tiene más posibilidades, sin embargo, de salir triunfante. De concepción más clásica, permitiría, dicen en el Ministerio de Schiller, actuar directamente sobre los precios, orientar las producciones, sin dejar de ser buenos europeístas.

Lo que, para la opinión alemana, es un buen punto.

Una vez resuelto este problema, habrá que hacer rápidamente algo respecto al Este. ¡Lleva tanto tiempo hablando de ello Willy Brandt! Todo el mundo lo espera. Pero, ¿qué? Se hace el inventario de lo posible, de lo imposible, de lo deseable. Posible: 1) firmar el tratado de no proliferación; 2) proponer acuerdos con los países del pacto de Varsovia sobre cuestiones de defensa; 3) declarar: «Respetamos y reconocemos todas las fronteras y líneas de demarcación existentes en Europa». Imposible, por el contrario, expresar claramente que las fronteras existentes se llaman Oder-Neisse. Imposible también reconocer oficialmente a la R. D. A. Los polacos y los alemanes del Este parecen estar furiosos, pero los soviéticos están, según dicen, satisfechos.

Quedan los alemanes. ¿Cómo reaccionarían? «El problema de la reunificación alemana está acabado. En los sondeos de la opinión pública figura en quinta posición». «Todo el mundo ha comprendido que se trata de un problema internacional, no nacional, con lo que se resta peligrosidad al asunto». ¿De verdad? Es posible. Pero los sondeos pueden no estar en lo cierto, y hay tendencias ocultas que no aparecen jamás en las tarjetas perforadas. ¿Quién sabe qué oscuras brasas no se han apagado por completo todavía?

Alguien se encargará, en todo caso, de avivar el fuego. Nos referimos al señor Strauss. Será un adversario de categoría. Tiene la potencia, la voz, la elocuencia necesarias. Tiene también buenas perspectivas. La oposición será nacionalista en política exterior (contra todos aquellos que «venden Alemania a los rusos») y socialista en política interna (por medio de los trabajadores cristiano-demócratas, los únicos organizados por la C. D. U.). La aproximación de los dos adjetivos inquieta con razón.

Ciertamente, Alemania tiene en la actualidad un gobierno fuerte, una oposición igualmente fuerte, es decir, una vida política y democrática normal. Pero esta normalización la convierte, con su impulso, su potencia, su disciplina, en terriblemente vulnerable. ■ JOSETTE ALIA.



EL PROCESO DE BEATIFICACION DE RAMON J. SENDER



La otra noche, los españoles tuvimos ocasión de contemplar en la pantalla del televisor un insólito y edificante espectáculo. El espectáculo de la iniciación, en un «céntrico hotel» de Barcelona, de lo que debiera llamarse «el proceso de beatificación de un escritor del exilio». No todos los pueblos del mundo podrían preciarse de otro tanto. El «telefilm» estuvo bien, y no era para menos. Había en la sala verdadero «ambiente», un ambiente social que, como dirían al día siguiente los cronistas, «contribuyó a dar al acto especial brillantez y realce». Las señoras barcelonesas, después de haber pasado el verano vestidas «con cualquier cosa», habían sacado del ropero el abrigo de visón o la estola de armiño y se disponían a atacar la temporada de los premios literarios. Los caballeros, con el discreto smoking o el puntiglioso frac, hacían honor a la tradición de esta ciudad, aquejada de la pasión de la etiqueta. El cuadro que pudimos presenciar en el Televisor era realmente intachable, incluso para la sensibilidad más exquisita. La cámara nos ofreció primero una panorámica general, seguida de un bello primer plano de autoridades y representaciones. Tras una nueva panorámica de limpia factura, apareció el rostro emprendedor de don José Manuel Lara, hombre de negocios andaluz radicado en Ber-

celona, editor de tiradas de cinco caras y faja viviente de la novelística española. Estaba rodeado el señor Lara de un simpático grupo de intelectuales rebeldes. Con voz pausada, el benefactor dio lectura al fallo de los jurados. La munificencia con que se premiaba a Mercè Rodoreda, en su melancólico exilio ginebrino, por su obra «El Carrer de les Camèlies», suscitó corteses aplausos y comentarios de paternal amnistía. Pero al momento en que el señor Lara leyó el fallo del jurado de novela castellana fue, sin duda, uno de esos momentos estelares en que las naciones se ven reflejadas como en un espejo. Procedió con lentitud y aplomo el ilustre editor a abrir la plica que contenía el gran secreto oculto tras elseudónimo y leyó: Ramón J. Sender y, a continuación, la dirección y el teléfono californiano del novelista. Lo hizo con una voz pura, inocente. Las damas y caballeros que llenaban el gran salón aplaudieron tan débilmente que la yerta imagen cortó por un momento la respiración a los telespectadores. Aquello que el hombre, que todo hombre, lleva en lo más profundo de sí mismo hizo que el aplauso fuera glacial, aterido...

Y así, el que en su día fue el más recio, el más inconformista de nuestros escritores puso el pie en el primer peldaño de la escalinata que, paso a paso, le conduciría a los altares.